

que le manifestaba lo injusto, bárbaro y cruel de aquella guerra, los hacia perder toda esperanza de conseguir un triunfo definitivo sobre sus enemigos; mientras que daba vigor y esfuerzo á los defensores, de la mas noble de las causas.

Como las operaciones del brigadier Calleja sobre la plaza de Zitácuaro, no tuvieron lugar sino hasta principios del año de mil ochocientos doce, creo conveniente antes de entrar en su narracion, dar al lector una idea del estado que guardaba la revolucion al concluir el año de once, cuales eran las posiciones que guardaban los combatientes, con que elementos contaban y cual era en general la opinion de los habitantes, sobre una guerra que en el corto espacio de seis meses habia causado males inmensos, destruido la propiedad, arruinado las familias y consumido cuantiosas sumas en sostenerla. De esta manera el lector refrescando la memoria de todos los sucesos referidos podrá seguir con menos fatiga y mayor facilidad, los que aun quedan por narrar.

CAPITULO LXXX.

GOBIERNO COLONIAL.

(CONTINUACIÓN.)

SUMARIO.

1. Ojeada general. Situacion de las provincias al concluir el año de 1811.—2. La provincia de Guanajuato.—3. La de Michoacan.—4. La de Querétaro.—5. El cura Correa. Su exposicion.—6. Los Anaya y Villagran.—7. El coronel Arredondo.—8. D. José Francisco Osorno.—9. El capitán de Fragata, D. Ciriaco del Llano.—10. El mineral de Pachuca.—11. La provincia de Oaxaca.—12. Nueva Galicia.

1. Poco mas de quince meses tenía de existencia el movimiento nacional acaudillado por el héroe de Dolores, al concluir el año de mil ochocientos once. Los grandes sucesos trascurridos en este corto período de tiempo y las extraordinarias consecuencias que produjeron, exceden á toda prevision, si se consideran los débiles y pequeños elementos con que contaron los primeros caudillos al iniciarlo. El cambio tan radical y absoluto, operado no solo en todos los que se habian lanzado á la revolucion, sino aun en aquellos mismos que habian sido el apoyo del gobierno colonial, prueban,

Hasta la evidencia, que no solo es inútil, sino atentatorio luchar contra los derechos y justas aspiraciones de la humanidad.

El movimiento nacional viniendo á satisfacer una necesidad imperiosa; á conquistar un derecho sagrado y á colocar al hombre en su verdadero estado natural de libertad y de independencia, no tenía necesidad ni de grandes elementos, ni de cuantiosos recursos para exaltar á los dominados y abatir á los opresores. La poderosa voz del humilde párroco de Dolores, lanzada por todo el ámbito de la Nueva España, produjo una conflagración general, desbordándose como impetuoso torrente é inundando hasta sus extremidades.

El partido realista obsecado, ciego, con la errónea idea del *derecho de conquista*, puso desde luego en juego, todos los recursos de que pudo disponer para batir á sus enemigos, abrigando la profunda convicción de que pronto sucumbirían el movimiento y sus autores. Sacrificados los primeros héroes á un infame plan, á una horrible traicion, creyeron sus enemigos, alcanzado el triunfo y restablecido su dominio, oscurecida su inteligencia por la sed de mando y de poder, tenían por cierto, que matar al hombre era matar la idea y que habiendo desaparecido sus autores, desaparecerían también con ellos los principios que, con tanto heroísmo habían proclamado y sostenido.

Muertos los primeros caudillos, aunque el partido independiente quedó sin jefes, la revolucion siguió su curso, aumentando dia á dia el número de sus adeptos y obteniendo nuevos triunfos y nuevas conquistas. La mano poderosa que había dado vida y fuerza al movimiento nacional, aunque invisible, seguía despues impulsándolo y protejiéndolo; así es que al terminar el año de mil ochocientos once, el partido colonial se encontraba en peor situacion, (no obstante los triunfos del brigadier Calleja en Guanajuato y Calderon,) que al iniciarse el movimiento. Exhausto el tesoro vireinal, por las cuantiosas sumas que demandaba imperiosamente la guerra; sin ejército suficiente para cubrir todos los puntos que asediaba el enemigo é impedir su ocupacion y abatido el espíritu de los realistas, la posición del Virey era sumamente angustiada.

La revolucion en todo el año de mil ochocientos once, había tomado un incremento extraordinario y aunque los independientes habían perdido dos plazas de grande importancia por sus cuantio-

sos recursos y por su posición, (las de Guanajuato y Nueva Galicia) abandonándolas al brigadier Calleja, no por esto se había mejorado la situacion del partido realista. El progreso que hacia el movimiento nacional, no consistía tanto en el triunfo que obtuviesen los independientes en batallas campales, cuanto en la fuerza expansiva de la revolucion, poniendo en accion aun las poblaciones y aldeas mas insignificantes; este era el secreto de su poder y este el agente mas activo y mas temible para las fuerzas realistas.

2. La provincia de Guanajuato (como hemos visto) al marchar el brigadier Calleja para Zitácuaro, vióse inmediatamente amenazada por Albino García, Salmeron, y por otras muchas partidas de independientes, que inundaban todo el Bajío poniendo en continua afliccion á las poblaciones de aquella provincia, y aunque en la plaza había una fuerza de cerca de mil seiscientos hombres, ni estos ni su jefe, el intendente Perez Marañon, tenían la aptitud suficiente para emprender operaciones sobre el enemigo. El comandante Tovar, jefe de las fuerzas realistas de San Luis Potosí, se vió obligado á mandar á Dolores y San Felipe, poblaciones pertenecientes á Guanajuato, una partida que auxiliase á estas, por estar atacadas de partidas independientes al mando de Núñez; Pedro García y el padre Pedroso.

Los independientes al hacerse de la plaza de Dolores dieron muerte al Subdelegado D. Ramon Montemayor y á otros cuatro vecinos. El capitán D. José María Ferrer que fué hecho prisionero en su casa, á donde se defendió, al ser conducido al suplicio; logró salvarlo la esposa de Abasolo mediante \$2,000 que dió.

Al aproximarse á aquellas poblaciones las fuerzas realistas al mando del capitán de milicias de la Colonia D. Agustin Dominguez, las evacuaron con el desórden y arbitrariedades consiguientes á estos casos. Sin embargo, los realistas lograron hacer prisioneros á algunos de los independientes de los que pasaron por las armas á once y azotaron á los demás. El Padre dominico Fray Laureano Saávedra, que se titulaba brigadier de los independientes, intimó dos veces rendicion á Celaya aunque sin éxito, habiendo sido atacado éste en Salvatierra por el capitán D. Francisco Guizarnotigue que salió de Celaya el 27 de Diciembre con este objeto. Al siguiente dia á la madrugada logró sorprender á los independientes pero pu-

do salvarse Salazar aunque perdiendo tres cañones de bronce, tres de madera, armas, caballos, setenta soldados muertos y algunos capitanes, y entre estos uno llamado el Picador. El parte referente á esta accion, no lo inserto por carecer de interés.

3. La provincia de Michoacan hallábase al fin del año de once, toda ella ocupada por los independientes, con exepcion de la capital, en que se encontraba Trujillo á la cabeza de las fuerzas realistas. El capitán D. Antonio Linares con su pequeña division expedicionaba por orden de Trujillo, en aquella provincia en persecucion de los jefes independientes Muñíz, Sandoval y otros, pero era una persecucion tan débil que mas destruía á sus propias fuerzas que á las del enemigo, poniendo en alarma á Trujillo por lo mucho que se retiraba de la capital, hasta llegar el caso de mandar este, al capitán D. Manuel de la Concha en busca de la division de Linares, que hacia varios dias no se tenia noticia de ella y temia seriamente que hubiese sido destruida por las fuerzas independientes; estos temores quedaron desvanecidos con el aviso que dió el capitán Concha á Trujillo de haber encontrado á la division de Guizarnotegui cerca de Cópore y en direccion para aquella capital.

No menos comprometida se hallaba la provincia de Querétaro, las fuerzas independientes en contacto con las de Valladolid, Guanajuato y con la mayor parte de los habitantes de Querétaro que eran entusiastas partidarios de la independencia, su situacion la hacian muy difícil. El comandante realista García Rebollo jefe de aquella plaza, disponia algunas escursiones aunque sin éxito contra los independientes que circundaban á la capital, principalmente por el rumbo de la sierra de Sichú, Cadereyta, Huasteca y con las fuerzas de los Villagran por el de Huichapan. La Sra. Ortiz esposa del corregidor Dominguez (de quien ya el lector tiene conocimiento) dotada de una alma grande, no cesaba un momento de promover cuanto creía útil en bien de los independientes. Infatigable en su empresa, salia de su casa en el peso de la noche, con el objeto de conferenciar con los que estaban en la capital comprometidos, dando aviso á las fuerzas independientes que circundaban á la plaza por medio de emisarios, de todas las providencias que tomaba el jefe realista García Rebollo. No obstante la mucha reserva de la Sra. Ortiz en sus trabajos, no logró que estos pasasen desa-

percibidos al espionaje realista, así es que el comandante del batallon urbano D. Fernando Romero Martinez la denunció al Virey con fecha 22 de Enero de ese año; comprendiendo en dicha acusacion al corregidor. Alaman en el tomo 2.^o Historia de México, lib. 3, cap. 6, pág. 406, hablando de la Sra. Ortiz dice: "Esta señora, zelosa partidaria de la revolucion, fomentaba esta, por sus comunicaciones con los adictos á ella en el interior de la ciudad á quienes ocultamente veia y mantenía relaciones con los insurgentes de fuera, dándoles aviso de cuanto pasaba, y sin disimular su ódio á los españoles, *los insultaba y escupía*, cuando en su coche pasaba delante de sus tiendas." En la educacion y antecedentes de esta señora, no es creible este cargo que se le hace. El Virey pasó la denuncia á la junta de seguridad la que pidió informes á diversas personas de Querétaro, pero no habiendo conformidad en los que se rindieron concluyó todo, recomendando el Virey al corregidor amonestase á su señora y amenazandola que se le pondria en reclusion, si no se corregia. Dominguez contestó haber cumplido con lo que se le ordenaba. Punto de vital interés era para el Virey tener libre la comunicacion entre Querétaro y México y con este objeto dispuso que las dos divisiones de Castro y Alonso, se ocupasen en expedirla, pero obligadas á marchar con direccion á Valladolid, quedó encargado de esta comision el teniente coronel comandante de dragones de Tulancingo, D. José Antonio Andrade. El cura de Nopala D. José María Correa de quien he dicho en otra parte que le ordenó el brigadier Cruz (á su paso para Huichapan) se presentase al Virey, cumplió con lo ordenado. Los servicios que este benemérito eclesiástico prestó á los independientes, son de importancia, como constan por el siguiente informe que publicó el referido párroco, despues de hecha la independencia y que á continuacion inserto.

4. "En 12 de Noviembre de 1810 se descolgaron sobre mi pueblo los genios del mal *Cruz y Trujillo*: mi adhesion al sistema no dejó de traslucirse, por lo que me ví condenado á ser pasado por las armas, sin embargo de que no se me comprobaba delito alguno. Mandáronme con cartas al Virey Venegas, quien me remitió al arzobispo Lizana; y este me privó de mi beneficio. Sucedióle el cabildo en el gobierno por su muerte y siguiendo sus máximas, ó sea

venerando sus caprichos, me obligó á poner coadjutor sin oirme y me condenó á la miseria.

A pocos dias volé á mi curato, y ví que mi coadjutor se habia ausentado, me presenté al comandante D. Antonio Andrade, que venia como fiera rabiosa á asolar á Nopala, le hice algunos obsequios, agazajándole como á un príncipe, y le franquí víveres, así es que entró de paz y sin estrépito; pero como este tigre solo se alimentaba con sangre salió á hacer una correría por los cerros de aquel lugar, y despues de confiscar los pocos bienes de los infelices indios, condujo á mi casa cural una cuerda de diez y ocho indiezuelitos pastores y leñeros (entre ellos dos jovencitos españoles, muy honrados). Entró lleno de triunfo y algazara, montado en ira y rebosando orgullo gritando á grandes voces *mueran mueran* estos traidores insurgentes. Al momento salí á defenderlos en consorcio de los mas dignos vecinos del pueblo, interpusé mis respetos, alegué, me anonadé, gemí mas no pude evitar aquel horrendo sacrificio. El zahuan de mi casa, fué la eruenta ara en que aquellos Abeles derramaron su inocente sangre. ¡A que horror! Su candor, su modestia, sus ayes lastimosos, sus miembros destrozados, sus corazones palpitantes, su humeante sangre, ¡tantas víctimas! Hé aquí el instante de mi inauguracion en el campo de Marte. No éra yo un hombre, sino una leona á quien han robado sus cachorros. Aquella sangre vilmente derramada, clamaba á mi oido con acento agudo, incesante: juré por el Ser que existe antes del tiempo, vengarla. Abandoné la oliva del santuario y empuñé la espada del cielo.

Andrade habiendo inmolado los corderos, dió sobre el pastor y decretó mi muerte; mas un aviso oportuno, hizo que me fugara á los bosques, donde encontré á un capitan de América, llamado D. Andrés del Pino, en el sitio de Nayí, quien como á los nueve de la noche recibió orden de D. Miguel Arriaga, comandante de una division de cuatrocientos hombres, en que le ordenaba pasase á recibir las mias.

Arriaga que me conocía; mandó formar la tropa de su mando y me proclamó su comandante, haciendo que en el acto se me reconociese con esta investidura. Fueron en vano mis humildes y tenaces súplicas y excusas. Por último acepté contra mi voluntad y mandé

hacer alto interin ponía un oficio á Chito Villagran, dándole parte de lo acaecido y pidiéndole me auxiliare con su division, que constaba de cien dragones y sesenta infantes. No se detuvo un instante este jóven; marchó en el momento y se puso á mis órdenes: le previne se pusiera en movimiento combinado y resolví atacar á Andrade, que se hallaba en mi curato desconsolado y furioso por no haber logrado la presa, pero en breve le consolé presentándome á su vista con seis carabineros haciéndole fuego, al que contestó con el de un cañon, echándome encima toda su caballería. En este acto puse en dispersion mi naciente grupo, y á fuego vivo le impuse respeto y saliendo en retirada hasta la *Venta Hermosa*, donde no esperaba mi division. Esta, pues, se presentó tan bizarra que intimidó á Andrade, que se gloriaba de envolver cinco mil hombres ó cabras (así llamaba á sus paisanos, los americanos) con quince de los suyos. Hizo pues, formaciones, evoluciones, se me fué encima creyendo intimidarme, pero yo lo recibí con firmeza y desprecio: salí al encuentro; y en el primer choque le maté un oficial y seis infantes cuyo golpe le intimidó en términos que se vió obligado á colocarse tras de unas cercas y un arroyo, y despues de un vivo fuego de mas de cuatro horas, observó que le cerraba por los flancos é impedía la retirada. Al instante cobardemente corrió, cubierto de ignominia á merced de la noche, dejando el campo lleno de heridos y cadáveres, y para mi enriquecido de despojos. Esta victoria fué á 26 de Setiembre de 1811.

Andrade diria, ¿como este hipócrita párroco á quien hace diez dias, ví postrado y cosido en el polvo, cubierto de lágrimas y elevando sus manos hácia mí, ahora me derrota y confunde? ¿De donde ha cambiado por la estola del santuario la banda de general, y el humo del incensario por el del cañon? ¿Como ha reunido esta tropa? ¿como la ha equipado? &c. &c.

Voló la fama de este acontecimiento, y los plácemes y vivas que me tributaban mis compatriotas, compensaban superabundantemente mis fatigas, especialmente cuando recibí mi despacho de brigadier y comandante en jefe de Huichapan y Xilotepec por la junta de Zitácuaro.

En desempeño de mis deberes marché á la villa de Carbon, donde se hallaba el coronel D. Antonio Columna, aniquilando á aque-

illos pueblos, le presenté batalla, pero tan enérgica que, *vi, llegué y vencí*, estrechándolo à una violenta fuga, en que perdió el honor, y despues la vida, (de una fiebre).

Concluida esta accion, marché para el punto de Calpulalpam, en donde atacé un convoy, no llevando mas de doscientos hombres, y siendo la tropa que lo custodiaba, mas de mil quientos de todas armas, fuera de arrieros y traficantes: los puse en dispersion, quitando mas de quinientos tercios de abarrotes, azúcar, ropa &c., &c. Mis reclutas alanceaban à los chaquetas con mas denuedo y coraje que D. Quijote las manadas de carneros.

Con el botin comencé à uniformar mi division, la aumenté hasta el número de quinientos soldados que despaché para Cadereyta à Sierra y Torrecuadrada, que se hallaban avanzando aquella villa y pueblos inmediatos, deteniéndome con solo cincuenta hombres en Nopala para combinar mis planes, y poner en salvo el armamento quitado al enemigo.

El 2 de Noviembre de 1811 à pesar de que Andrade reunido con el teniente coronel Castro y Michelena, me opusieron una fuerza de mil y quinientos soldados de línea, impuse respeto con aquel puñado de hombres que me acompañaban; salí en retirada para mi destino dejando burladas sus tres divisiones que penetraban hasta Huichapan, desde donde pusieron el ridículo parte al gobierno de México, de que me habian matado el caballo, y quebrado una pierna, quedando muertos en el campo mas de quinientos de mi division, y que el *infame Correa*, no volverà jamás à presentarse ante sus huestes vencedoras, y que aún sería difícil, sobre viviera à sus heridas é infortunios, pero el mutilado Correa el 11 del citado Noviembre presentó (segun el parte de Sierra y Torrecuadrada) veinte mil hombres en la accion que gané ese dia, y solo eran quinientos con tres cañoncitos, aunque el parte asegura que batí con cuatro y dos culebrinas. El miedo multiplica los objetos, y hace ver prodigiosos fantasmas à los azorados.

Al regresarme de Cadereyta en fin de Noviembre citado, ataque el convoy por segunda vez, y matando alguna tropa y oficiales que custodiaban un coche de lujo (que denotaba tal vez ser del comandante, segun lo guardaban) lo avancé à lanza y bayoneta; pero estaba vacío, por que quien lo ocupaba era el Sr. Obispo de Guadalajara,

Ruiz Cabañas, quien huyó por entre el monte creyéndose perdido. La noticia alborotó à mi grupo, y llenos de entusiasmo mis oficiales me pedian les permitiera seguir el alcance à aquel prelado..... ¡Buena presa!... ¡buena presa! (me decian) son rehenes preciosos y por su rescate nos darán muchas sumas. Necesité de toda mi firmeza para sosegarlos é impedir el que aprehendieran à dicho prelado. Si lo hubiera detenido ó hecho retroceder à México, acaso habria hecho yo un gran servicio à la causa de la revolucion. Algo me valió la accion, pues logré algunos despojos y los caballos y monturas de los oficiales... *Del lobo un pelo.*

La noticia llegó à México, y como en el arzobispado me tenian presente, se me fulminó un anatema en todos los púlpitos de la capital y fijó excomulgado *vitando*, en tablillas de todos los templos de la diócesis. Cuando lo supe, me mantuve con la tranquilidad que no tuvo D. Quijote; cuando acometió la aventura del muerto, y supo que el bachiller *Alonso Perez era persona de Iglesia* y estaba mal parado bajo su mula. El hidalgo hechó siempre la culpa à su lanzon, yo siempre tuve por inocente à mi espada. Partí para Zitácuaro à auxiliar à la junta à tiempo que Calleja, iba à atacar à aquella villa, me avisté con aquel tigre en los llanos de San Felipe del Obraje el 14 de Diciembre, destaqué una partida de veinte y cinco dragones y aunque se empeñó en provocarle reiteradamente, no se atrevió à disparar un tiro, pero puso un parte à Venegas, diciéndole... que Correa pasaba por Zitácuaro con más de mil hombres, no llevando mas de trescientos.

En 22 de Diciembre llegué à Zitácuaro y me mantuve en ésta plaza hasta principios de Enero de 1812, que nos atacó Calleja sin poder resistirle mucho tiempo por la gran ventaja de sus posiciones, y porque su artillería era muy superior à la nuestra. Fué precisa la retirada, que se verificó sin orden. Yo me mantuve firme en el cerro cercado de peligros, sosteniéndola en la salida de Santa María, hasta que en la plaza no quedó ni un soldado. Salvé más de quinientos individuos, llevándolos por delante del mismo Calleja. Este hecho es notorio, y casi existen todos los que disfrutaron de éste beneficio.

Mi anhelo era proteger la junta, único apoyo de nuestras esperanzas. Esta corporacion fijó el carácter de nuestra revolucion en

la Europa, que hasta entonces habia tenido el de un tumulto ó revolucion. Seguí su retirada, haciendo alto, cuatro dias en Tiquiches, donde la reúní y conduje hasta Tlalchapam y quedando bien resguardada con escolta y municiones, regresé á mi provincia con solo diez y seis hombres, pues los restantes habian salido á expedicionar con D. Ramon Rayon, de órden de su hermano el general. Llegué por último á Nopala, á principios de Febrero; reúní mi division, animé á los subalternos con una proclama á que se me reuniesen á sostener nuestro congreso, logrando por éste medio sofocar la disidencia, que ya comenzaba á sacar la cara. Esto era consecuencia de las desgracias, pues aún en los matrimonios no hay paz, cuando las desdichas aquejan á los consortes. Llegué, pues, sin armas, ni pertrechos, porque todo fué presa del vencedor en Zitácuaro, y era de necesidad absoluta, por lo que á costa de mil afanes planté una fábrica de cañones. Esta empresa ha sido una de las afanosas de mi vida, pues se me presentaron dificultades insuperables, pero la necesidad es madre de todas las artes que el tiempo perfecciona.

Cuando estaba más afanado en mi fundicion, fuí asaltado por el comandante español *Ondarza* en la madrugada del 5 de Marzo de 1812. Condújolo á mi posada un vil asistente mio, prisionero hecho en San Juan del Rio: cercáronla completamente los enemigos á tiempo que yo me incorporaba en la cama; rompen el fuego por los cuatro costados sin dejarme retirada, hé aquí un lance bien apurado: era preciso vender cara la vida, ya que se trataba de perderla. Salto de la cama, tomo un fusil, rompo la línea, y me pongo en salvo; penetran á la casa, y no hallándome en ella, lavan sus inicuas manos con la sangre de seis inocentes paisanos, y prenden fuego á la casa, ¡valiente azaña! pero dentro de dos horas *Ondarza* tiene que huir de mi division, á gran prisa, y que llevar el turbante del moro que se le fué. Mi tropa entusiasmada por mi escape, dió un banquete, hubo brindis, abrazos, bombas y juramentos de vencer ó morir á mi lado, esto compensaba los trabajos y peligros pasados. Llegó el deseado momento en que monté y probé dos cañones de á cuatro y dos pedreros; fué el 20 de Abril, dia en que recibí un oficio del general Rayon en que ordenaba me acercase á Nacatepec con la division de mi mando. Marché, pues, con setecientos

hombres y mi artillería. No asistí al ataque que se dió en Toluca por falta de tiempo, pero si me hallé pronto á auxiliar en el de Lerma, y despues en el de Tenango, en donde acredité valor y patriotismo. Rechazado varias veces Castillo Bustamante, lleno de rabia y desesperacion por la pérdida de muchos oficiales y soldados, hasta reducirlo hasta el último conflicto, pudo haber sido totalmente destruido cuando le seguian nuestras tropas; más entonces se recibió órden del general Rayon para que nos retiráramos á Tenango. Esta retirada me costó un agudo y peligroso dolor espasmódico, que me puso á las puertas de la eternidad, proveniente de la cólera que me agitaba, viendo perdida la accion mas favorable de dar un golpe maestro al gobierno español, y renovada la imprudencia de Annibal, cuando por no perseguir en su derrota á los romanos se enlazaron los sucesos y fué víctima de éste descuido militar. No me faltó ocasion, ni tropa, ni conocimientos; pero era necesario ser subordinado, y primero debe perderse el mundo todo, que en un apice falte á la obediencia de sus jefes el que es soldado, y renunciando de su voluntad.

En tres de Junio llegamos á Tenango, y á pesar de mi quebrantada salud se me encomendó el importante punto del *Veladero*; mas mi division se puso bajo de mando ageno, sin comunicármeme el motivo; solo me dejaron noventa granaderos y tres cañones, con los que rechazé al enemigo cuatro dias consecutivos, y aunque acometido dia y noche, no se me dió auxilio.

En 6 de dicho mes á las cuatro de la mañana asaltaron los españoles los fozos y plazas de Tenango, por un sumo descuido del comandante de ella y pretendieron hacer otro tanto con el punto de Veladero; pero los recibí y rechazé cinco veces, saliendo la tropa dispersa bajo los fuegos de mi batería. Creyeron que habia sido dolo de parte del jefe de dia. Yo sali á las diez y media con mi puñado de hombres por entre mas de dos mil españoles cortando la línea, y perdiendo la artillería; pero sin que me hiriera ni un soldado. Marché á mi departamento á esperar resultas y llorar mi desgraciada suerte. Jamás me oprimió más la melancolia; llovia sobre mi patria las desgracias, y por ellas perdiamos en el concepto de los que confunden la malicia con el infortunio, y califican las cosas por su éxito, no por su moralidad.